

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario
ESPECIAL Cataluña
Octubre de 2018

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£
América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Cataluña, rompeolas de las Españas

Se cumple ahora un año del «referéndum de autodeterminación» organizado por el gobierno de la Generalitat en Cataluña. Un año que ha visto transcurrir las votaciones, la intervención de la policía nacional y la Guardia Civil acantonadas en el puerto de Barcelona y en algunas poblaciones rurales de Cataluña, un «paro nacional» en defensa del «derecho a decidir» y contra la represión del Estado, una efímera «república catalana», la intervención por parte del gobierno central de la autonomía catalana, el exilio y la cárcel de los altos cargos del Govern implicados en el «proceso independentista», unas nuevas elecciones a la Generalitat e, incluso, la caída del gobierno del PP auspiciada por el PSOE y defendida unánimemente por los grupos nacionalistas de Cataluña y País Vasco. Desde hace un año todos los días sin excepción la prensa y la televisión dan noticia de un conflicto larvado que no cesa en Cataluña: de las cargas policiales del 1 de octubre a las manifestaciones por la unidad nacional, de los lazos amarillos a los mensajes del rey Felipe VI, del circo legal contra los líderes nacionalistas a la imputación por parte de la justicia belga del juez Llerena... la «cuestión catalana» se ha convertido en el referente de un país en el cual el precario equilibrio político y social logrado tras la Transición a la democracia parece estar completamente resquebrajado. Y es que, ciertamente, la inestabilidad que revela la «cuestión catalana» muestra, a su vez, la verdadera naturaleza de la crisis económica, política y social por la que atraviesa la burguesía española y todas sus facciones locales.

El «problema catalán» fue una de las cuestiones centrales que tuvo que

abordar la burguesía española llegado el momento en que la muerte de Franco dio el impulso definitivo para la reorganización política y legal del régimen que salió de la Guerra Civil. Durante los prácticamente 40 años que duró esta la cuestión catalana, es decir, el lugar que el autogobierno de Cataluña podía ocupar en el ordenamiento constitucional español, fue continuamente relegada a un futuro que nunca llegaba. De acuerdo a la historiografía burguesa moderna, que reduce el siglo XX español a una lucha entre democracia y dictadura que culminó con el traspaso pacífico de poderes de esta a aquella, el problema está resuelto antes de plantearse: siendo el autogobierno de Cataluña una fórmula política «progresista» y la dictadura militar una autoritaria, ambas se encontraban enfrentadas y sólo el pacto político del '78 pudo encajar la idea de un Estado centralizado y de una Cataluña con amplias cotas de autonomía. Acerca de esta interpretación histórica, que tiene su contrapunto en la versión, mucho más minoritaria, que coloca al autogobierno como la fórmula socialmente reaccionaria y a la democracia y la unidad nacional como su opuesto, basta únicamente con decir que la misma crisis política que azotado el país desde el año 2011 ha echado por tierra todos sus postulados: la realidad de fuerzas sociales, encarnadas en clases con diferentes intereses y siempre en lucha entre sí, puede ocultarse durante el tiempo en que estas fuerzas parecen haber firmado una tregua, pero no tarda en salir a la luz cuando vuelven al curso normal de los acontecimientos.

Lo cierto es que el autogobierno catalán, que en la Constitución de 1978 y en el ordenamiento territorial posterior a esta se encuentra formulado como *autonomía*, tiene por sí mismo

un peso histórico que difícilmente puede ser minusvalorado. Como tal, el término remite directamente a las libertades feudales que Cataluña pudo reivindicar frente a las tendencias centralizadoras de la monarquía borbónica desde el siglo XVIII. Decimos «pudo reivindicar» para resaltar que tales libertades feudales forman más bien parte de un pasado mítico que de una realidad histórica demostrable: tantas hubo en Cataluña como en Castilla y su papel como fórmula política que representaba el equilibrio de las fuerzas sociales en el medio precapitalista peninsular desapareció a medida que tales fuerzas se fueron desarrollando hasta rebasar los confines locales, enfrentándose tanto con los límites «autóctonos» a su crecimiento como con aquellos que el resto de potencias comerciales en auge le impusieron. Las libertades feudales de Cataluña no fueron aplastadas por el centralismo castellano, nunca existió una lucha entre unas fuerzas «centralistas» y otras «descentralizadoras», sino que el desarrollo de la propia configuración económica, política y social de Cataluña dio al traste con la independencia que le garantizaba un determinado nivel de evolución de las fuerzas productivas a escala local y mundial. De la hegemonía comercial catalana en el Mediterráneo a su li-

(sigue en pág. 2)

EN ESTE NÚMERO

- Proletarios, ¡Recordad 1934!
- Los Comités de Defensa de la República, organismos para la colaboración entre clases.
- La cuestión de las nacionalidades en España.

CATALUÑA, rompeolas...

(viene de la pág. 1)

quidación por el auge de las nuevas potencias marítimas italianas y por la alteración de las rutas comerciales que produjo la llegada a América de las huestes castellanas, así como de la potencia política del reino de Aragón a su alianza con la Corona de Castilla y su posterior relego en un papel secundario en el escenario euro-americano, no media la imposición centralista sino el desarrollo de las propias tendencias que, en su momento habían dado lugar a la inmensa potencia de Cataluña en el tránsito del mundo feudal al capitalismo embrionario de los siglos XV y XVI: el autogobierno catalán, en esta fase del desarrollo histórico, fue el gobierno de unas clases feudales, que vieron llegar su decadencia a manos de las mismas fuerzas sociales que habían dado su peculiar fisiología a la Cataluña precapitalista.

De hecho, el autogobierno catalán es una invención retrospectiva del siglo XIX. Después de la Guerra de Sucesión (1703-1713) la imposición de la monarquía borbónica, defendida por Castilla y Francia, en detrimento de la monarquía de los Habsburgo, defendida por Cataluña e Inglaterra, esta última a la cabeza de una coalición de Estados europeos, trajo la supresión brutal de las instituciones políticas que representaban a Cataluña frente al rey. Se suprimieron cortes, fueros, derechos, prebendas económicas y se relegaron las leyes civiles y mercantiles catalanas a un lugar subalterno frente a las de la monarquía que, ahora sí, pretendía impulsar una tendencia centralista acorde con los modelos del absolutismo europeo. Pero a la derrota militar de Cataluña, a su inclusión en el embrión de Estado centralizado que encarnaba el despotismo borbónico, le siguió un floreciente desarrollo económico que, con el desarrollo de la agricultura hasta niveles no alcanzados anteriormente, sentó las bases de una generación de riqueza que contrastaba con los experimentos fallidos del industrialismo de Estado que impulsaron los diferentes gobiernos de Madrid y que dio lugar a una expansión comercial que sentó las bases del auge económico catalán. Se trató, de esta manera, de una situación que es típica en el desarrollo de las sociedades capitalistas y en los enfrentamientos sanguinarios que lo acompañan: la Cataluña derrotada en la defensa de sus libertades forales contra el centralismo, acaba por convertirse en uno de los núcleos centrales del desarrollo económico. Cataluña se integró plenamente en la monarquía española y se convirtió en uno de sus motores económicos, dando lugar a un

desarrollo de la región en sentido puramente capitalista en el que renacerá la cuestión del «autogobierno» sobre unas bases completamente diferentes.

Para el marxismo, las ideas, doctrinas y banderas por las que se libran y se han librado en todos los terrenos las grandes batallas de la historia, tanto sobre el terreno político y militar como sobre el terreno del desarrollo filosófico, científico o moral, constituyen reflejos de las verdaderas fuerzas económicas y sociales cuyas convulsiones determinan el desarrollo histórico y que determinan la adopción por parte de las clases sociales en lucha de estas ideologías. Sin caer en ningún tipo de relativismo, esto implica negar validez eterna a los principios por los que una clase social, un pueblo o una nación, luchan en un momento determinado. En el caso de Cataluña, esta cuestión, que emana directamente de la comprensión determinista de la historia, significa que detrás de las consignas de la independencia, el autogobierno o, más recientemente, la autonomía, están las fuerzas sociales que en determinados momentos históricos han empujado a las diferentes clases sociales dominantes a una política de confrontación con aquellas otras clases que propugnaban postulados unificadores y centralistas. Y, por lo tanto, la misma consigna del autogobierno catalán, la defensa de las instituciones tradicionales de Cataluña, etc. tienen un valor concreto en el paso del modo de producción feudal al modo de producción capitalista y otro muy diferente en el momento del pleno desarrollo de este modo de producción capitalista. El recurso a elementos de propaganda comunes en ambos, la defensa de la tradición o la idealización de fórmulas arcaicas de gobierno, no están inscritos en el ADN del «pueblo catalán» (concepto este que entrecomillamos por no tener mayor validez histórica que los otros) sino que aparecen y desaparecen de acuerdo a vicisitudes históricas muy particulares.

Las tendencias centrífugas en Cataluña, el localismo político, el regionalismo, así como el arraigo en esta zona de corrientes como el carlismo o el republicanismo y el cantonalismo, vienen determinadas por la dinámica propia del capitalismo en España, desarrollado de manera sumamente desigual en cada una de las regiones, donde, además de a los factores clásicos (expropiación del pequeño campesinado, base mercantil previa, etc.) se deben buscar características locales que las diferenciaban entre sí de manera muy acusada. En palabras de Marx:

Fue en el siglo XVI cuando se formaron las grandes monarquías. Éstas se edificaron en todos los sitios sobre la

base de la decadencia de las clases feudales en conflicto: la aristocracia y las ciudades. Pero en los otros grandes Estados de Europa la monarquía absoluta se presenta como un centro civilizador, como la iniciadora de la unidad social. Allí era la monarquía absoluta el laboratorio en que se mezclaban y amasaban los varios elementos de la sociedad, hasta permitir a las ciudades trocar la independencia local y la soberanía medieval por el dominio general de las clases medias y la común preponderancia de la sociedad civil. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se hundió en la decadencia sin perder sus privilegios más nocivos, las ciudades perdieron su poder medieval sin ganar en importancia moderna.

Desde el establecimiento de la monarquía absoluta, las ciudades han vegetado en un estado de continua decadencia. No podemos examinar aquí las circunstancias, políticas o económicas, que han destruido en España el comercio, la industria, la navegación y la agricultura.

Para nuestro actual propósito basta con recordar simplemente el hecho. A medida que la vida comercial e industrial de las ciudades declinó, los intercambios internos se hicieron más raros, la interrelación entre los habitantes de diferentes provincias menos frecuente, los medios de comunicación fueron descuidados y las grandes carreteras gradualmente abandonadas. Así, la vida local de España, la independencia de sus provincias y de sus municipios, la diversidad de su configuración social, basada originalmente en la configuración física del país y desarrollada históricamente en función de las formas diferentes en que las diversas provincias se emanciparon de la dominación mora y crearon pequeñas comunidades independientes, se afianzaron y acentuaron finalmente a causa de la revolución económica que secó las fuentes de la actividad nacional. Y como la monarquía absoluta encontró en España elementos que por su misma naturaleza repugnaban a la centralización, hizo todo lo que estaba en su poder para impedir el crecimiento de intereses comunes derivados de la división nacional del trabajo y de la multiplicidad de los intercambios internos, única base sobre la que se puede crear un sistema uniforme de administración y de aplicación de leyes generales. La monarquía absoluta en España, que solo se parece superficialmente a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser clasificada más bien al lado de las formas asiáticas de gobierno. España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a su cabeza.

El despotismo cambiaba de carácter en las diferentes provincias según la interpretación arbitraria que a las leyes

CATALUÑA, rompeolas...

(viene de la pág. 3)

y después la danza, ante todo garantizar su dominio férreo sobre la clase enemiga, sobre el proletariado, manteniendo en pie la extracción de plusvalía, asegurando la tasa de ganancia que se extrae del trabajo obrero, pero, al mismo tiempo, la lucha contra otras facciones, grupos y corrientes de la propia burguesía.

A la amenaza potencial que un proletariado fuertemente encuadrado en organizaciones sindicales planteaba (y decimos potencial porque trágicamente el proletariado español, completamente dominado por las organizaciones socialdemócratas, estalinistas y anarquistas, nunca logró alcanzar el terreno de la lucha política estrictamente clasista) sólo le pudo plantar cara la acción del ejército nacional español: no fueron suficientes las bandas armadas falangistas, ni la policía regular ni los pistoleros de cualquier tipo que puso en circulación la patronal catalana y, después, la pequeña burguesía organizada en torno a *Esquerra Republicana*. Como consecuencia, las burguesías catalana y vasca, entendieron perfectamente que el valor de la unidad nacional estribaba en que esta se levantaría sobre la paz social, sobre la aniquilación de la lucha de clase del proletariado. Sumisión, por lo tanto, al Movimiento Nacional, renuncia temporal a cualquier particularismo local, a cualquier reivindicación de autogobierno, etc. A esto, además, se sumó una situación internacional respecto a la cual ambas burguesías, pero sobre todo la catalana, no podía ser indiferente (como no lo pudo ser la aristocracia catalana en 1640 ni en 1703) y que reforzó su solidaridad con el Estado español. Los largos y sombríos años que van desde 1939 hasta el plan de estabilización de 1959 vieron a los burgueses catalanes (y en menor medida a los vascos) marchar, *impasible el ademán*, de la mano del ejército y su caudillo. Solamente el desarrollo económico español que tuvo lugar desde la década de los '60, en la medida en que volvía a ponerse en marcha sobre las arraigadísimas bases de la estructura económica nacional, permitió que la exigencia del autogobierno volviese a aflorar, ya en un contexto de relajación de las imposiciones castrenses sobre el conjunto de la sociedad y de crecimiento de una base pequeño burguesa que se hizo abanderada de tal reivindicación.

En 1978, a la hora de sentar las bases de la reforma del Estado franquista, la crisis capitalista había logrado exacerbar de nuevo las tendencias descentralizadoras y la bandera de la autonomía se levantó como coar-

tada de las exigencias de una burguesía catalana interesada en lograr con ella tanto mayores cuotas en el control fiscal y tributario (lo que significa que la plusvalía producida en Cataluña sea patrimonio exclusivo de la burguesía catalana al mando de los organismos autonómicos encargados del gobierno), como un control también mayor sobre las inversiones estatales en Cataluña y, por último pero no por ello menos importante, la creación de organismos democráticos supeditados directamente a ella y encargados de controlar a la clase proletaria aunándola en torno a la defensa de la «patria catalana». Acabada no solamente la dictadura, sino también la fase de auge económico que dio lugar a la crisis capitalista de 1974, las exigencias de autogobierno resurgieron con toda la fuerza que exigía la situación: la vieja tesis de Marx y Engels que afirmaba que España únicamente era viable en términos burgueses bajo la forma federal, una tesis que se lanzó en el periodo de auge revolucionario de las burguesías europea y española, se reafirmó en términos negativos dando lugar a un estado cuasi confederal en la época imperialista.

En el capitalismo, la paz es tan sólo la preparación de una nueva guerra. Esta afirmación vale no sólo para los enfrentamientos entre Estados imperialistas que han sembrado el mundo entero de cadáveres con la multitud de guerras imperialistas y de rapiña que han tenido lugar desde 1914. Vale también para cualquier tipo de enfrentamiento social que tenga sus bases en el caos y el desorden que genera inevitablemente el modo de producción capitalista. Vale, por lo tanto, para explicar la naturaleza transitoria de los propios pactos entre rivales, entre burguesías enfrentadas, entre la burguesía y el proletariado o entre la burguesía y cualquiera de las clases intermedias que existen en la sociedad capitalista. De esta manera, incluso grandes pactos sociales como el que se estableció en España tras la muerte de Franco y que durante décadas se ha pretendido inamovible e incontestable, están sometidos a una constante crítica por la vía de los hechos, una crítica que realiza la propia naturaleza de sus firmantes, que arremeten una y otra vez contra las otras partes tratando, en función de las fuerzas disponibles, de arrebatárselas la parte del pastel que les ha correspondido. Enfrentamientos larvados y continuos que se convierten, en determinadas situaciones, en enfrentamientos abiertos y de gran intensidad: llegado el momento en el que la crisis, la caída del beneficio y la reducción a cotas mínimas de las tasas de ganancia, vuelven insuficientes las prebendas que cada grupo rival se ha reservado para sí, retorna la guerra.

En el caso catalán, que es el caso de toda España, la crisis capitalista que comenzó en los años 2007-2008 hizo insoportable para buena parte de los burgueses el simple hecho de tener que mantener el pacto social acordado treinta años antes, es decir, el reparto en forma de redistribución fiscal de la plusvalía arrancada a los proletarios y el mantenimiento de un sistema de «garantías» por el cual cada comunidad autónoma se convierte en emisora o receptora de fondos para equilibrar las desigualdades económicas del país. Esto, sumado a la reconfiguración de la estructura industrial del país, a la competencia desencarnada por acaparar la inversión de capitales en forma de infraestructuras, etc. ha dado lugar a ese enfrentamiento que se ha encubierto bajo la bandera político-jurídica del *procés*. Superada la exigencia del autogobierno, que está realizada a efectos prácticos bajo una forma, la autonómica, que no garantiza todas las nuevas exigencias de la burguesía y la pequeña burguesía catalana, la independencia aparece como la bandera de este movimiento. Independencia entendida, obviamente, como una mera consigna, un llamamiento para aglutinar en torno a la defensa de la economía local de la pequeña burguesía y otros estratos intermedios de la sociedad que han sido golpeados de manera especialmente dura por la crisis. Y con esta exigencia de independencia vuelven a aparecer las justificaciones cuasi mitológicas del «hecho diferencial catalán», vuelve a la carga el revisionismo histórico, la reinterpretación del papel que históricamente ha jugado Cataluña en España, etc. La consigna de independencia es la consigna de un determinado sector de la burguesía catalana que busca encuadrar a su propio ejército social para combatir en el terreno de la reconfiguración política del Estado español. Es, por lo tanto, una consigna abiertamente reaccionaria, tras la que se coloca la exigencia primordial de paz social y sometimiento de la clase proletaria a las exigencias de la clase enemiga. El recorrido de esta consigna, es decir, el recorrido del enfrentamiento entre burgueses catalanes y españoles estará determinado por la capacidad de cada bando en lucha para hacer ver al contrario que las pérdidas que le reportaría el enfrentamiento serían mayores que las que le implicaría ceder. En medio queda, y quedará durante mucho tiempo, la clase proletaria, movilizadada por uno y otro bando, en defensa de banderas y exigencias que no son las suyas y que, logrando colocarse a su cabeza, únicamente profundizan la crisis que realmente le golpea: la crisis política y organizativa que le mantiene como esclavo de la clase burguesa.

Proletarios, ¡Recordad 1934!

En el mundo burgués todas las grandes cuestiones sociales, todos los problemas que aparecen en el desarrollo del modo de producción capitalista, especialmente cuando este ha llegado a su etapa de desarrollo imperialista, se solventan en la piel de los proletarios. Desde las cuestiones vinculadas a la supervivencia inmediata, a la necesidad de encontrar trabajo para comer, casa para alojarse y una mínima garantía vital para las futuras generaciones proletarias, hasta las grandes cuestiones históricas, tales como el tránsito violento y desgarrador de la economía feudal-servil a una basada en el trabajo asalariado como única fuente de riqueza social, pasando por los enfrentamientos diarios que se dan entre países y entre empresas, entre la misma clase burguesa y el resto de clases no proletarias de la sociedad y, por supuesto, entre burgueses y proletarios... toda la vida en las sociedades capitalistas se sustenta tanto sobre el trabajo proletario como sobre su capacidad para soportar todas las humillaciones, miserias y privaciones de que es receptor en última instancia.

Durante las épocas de relativa paz social, cuando el crecimiento de los negocios y el beneficio capitalistas dan la falsa impresión de que un desarrollo armónico de la sociedad y un relativo equilibrio entre las clases sociales es posible, los proletarios tienen la «suerte» de poder ser explotados en paz a cambio de un salario que les permite sobrevivir más o menos holgadamente: entonces el mito de la solidaridad entre clases y todas las mentiras acerca de la convivencia pacífica tanto entre proletariado y burguesía como entre las diferentes burguesías nacionales y, dentro de estas, sus diversas facciones locales o sectoriales, cobran una fuerza inusitada y educan a los proletarios en la moral y las costumbres burguesas, les imbuen de su ideología, entonces recubierta del manto pacifista y la hipocresía humanitaria. Da igual que en la mayor parte del mundo la guerra, la rapiña y las masacres sean una constante a cargo de las fuerzas imperialistas en lucha, de cara a sus proletarios, mientras pueden garantizarles una vida no demasiado miserable, la clase burguesa se presenta como máxima expresión de la concordia y la armonía social. Con la ayuda inestimable de los partidos falsamente llamados obreros o proletarios, con la colaboración de las organizaciones sindicales entregadas a la conciliación entre clases (es decir, a garantizar a los burgueses que siempre tendrán mano de obra dispuesta a ser

explotada e incapaz de rebelarse) la burguesía educa a la clase proletaria en la subordinación a sus exigencias, le muestra el mundo capitalista como el único posible e intenta cortar de raíz cualquier brote de lucha que se encamine en el sentido contrario. La exaltación nacionalista, la continua propaganda democrática, etc. preparan al proletariado para los futuros sacrificios que deberá hacer cuando la cruda realidad de un mundo caótico y despiadado se asome.

Cuando la paz no es posible, cuando en el horizonte empiezan a verse las hogueras que llaman a la guerra, entonces la burguesía redobla sus esfuerzos por movilizar tras de sí a los proletarios. Pasa de una fase de encuadre suave y relativamente discreta, a una donde la urgencia es la ley: entonces a los proletarios se les exige que participen abiertamente en la defensa del país, que sean la carne de cañón en los enfrentamientos, que mueran gustosos por los intereses de la burguesía. Y en este esfuerzo no sólo participa la burguesía: de nuevo los agentes con que esta cuenta en el seno de la clase proletaria, el oportunismo político y sindical que trabaja incesantemente por supeditar los impulsos más elementales de la clase proletaria a las exigencias de la clase dominante, redobla también sus esfuerzos a la vez que las clases intermedias, la pequeña burguesía y sus múltiples satélites, parece cobrar un vigor inusitado hasta el momento en la medida en que ejerce de correa de transmisión social de las exigencias de la alta burguesía. Esta pequeña burguesía forma los cuadros de la movilización que exige el capital, en muchas ocasiones crea las organizaciones que van a movilizar al proletariado, les transmite la más abyecta ideología patrioterica y servilona... ella pretende encarnar el concepto etéreo de pueblo que subsume al proletariado en el magma interclasista y que realmente no es otra cosa que la supeditación de toda la sociedad a las exigencias de la burguesía.

El paso entre ambas fases, entre aquella en la cual la vida relativamente pacífica que se desarrolla durante algunos decenios parece borrar del mapa la lucha de clases y aquella en la que la crisis capitalista obliga a la movilización bélica de absolutamente toda la sociedad y en especial del proletariado, que constituye la gran mayoría de esta, se presente, por lo general, de manera brusca. En el curso de unos pocos años el mundo que se representaba por parte

de los ideólogos burgueses como pacífico y ordenado, aparece como un inmenso campo de batalla y el sueño miserable del desarrollo pacífico y democrático se viene abajo ante las nuevas exigencias bélicas. Pero, por rápido que se haga este tránsito, sólo aparece como algo novedoso e inexplicable precisamente para quienes han llegado a creer en las mentiras progresistas de la burguesía, porque la realidad, la historia y el propio desarrollo contemporáneo del curso del imperialismo a nivel mundial, dan sobradas noticias de que el enfrentamiento general entre burguesías es el punto al que se dirige el verdadero desarrollo social. Para entender esto es necesario, en primer lugar, deshacerse de las gafas ahumadas que hacen ver la voluntad, individual o colectiva, en el centro del curso de la historia. No se trata de que tal o cual líder mundial, o tal o cual país, *decida* marchar a la guerra ignorando las posibilidades de no hacerlo. Como no se trata de que tal o cual líder mundial, o tal o cual país, *deba* defenderse. En el mismo transcurrir de los periodos de relativa paz capitalista, se incuban y se desarrollan las potencias militares que en realidad anidan en las contradicciones del modo de producción capitalista, de la inevitable caída de la tasa media de beneficio a nivel local, nacional y mundial, al recurso de las inversiones militares como presunta «solución» al exceso de capital y, en fin, a la necesidad de destruir fuerzas productivas, que se han vuelto excesivas para un mercado que no logra absorberlas y transformarlas en capital ulterior; volver a un hipotético *nivel cero*, este es el objetivo del capitalismo cuando, logrado el más alto nivel de crisis trata de salir, porque desde esa enorme destrucción puede dar lugar a ulteriores ciclos de producción y de valorización del capital, bajo una nueva configuración del orden imperialista mundial determinada por la guerra, y recuperar así los niveles de beneficio necesarios para el capital.

Es por esto, por estas leyes grabadas a fuego en el cuerpo social del capitalismo y que no han dejado de verificarse en los últimos cien años, que el marxismo revolucionario afirma que es posible no sólo entender, sino también prever, estos grandes desgarramientos históricos a los que está abocada la civilización capitalista. Desde la célebre afirmación del *Manifiesto del Partido Comunista*

«Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen

(sigue en pág. 6)

Proletarios, ¡Recordad...!

(viene de la pág. 5)

burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; se diría que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmo, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.»

Está claro que para los marxistas ni las crisis ni las guerras subsiguientes con que la burguesía trata de salir de ellas, suponen un misterio: su misma existencia, su desarrollo y sus conse-

cuencias, tiene carta de naturaleza en el mundo burgués como la tienen el trabajo asalariado, el capital y el beneficio. Pero tampoco tiene nada de misterioso el curso hacia la guerra ni las implicaciones políticas de este para la clase proletaria. El papel que el oportunismo político y sindical juega en él, esforzándose por movilizar a la clase proletaria detrás de las banderas burguesas, la propaganda lacerante a favor de la ideología nacionalista, la propia lucha de calle de los secuaces de la burguesía para reventar, aún antes de que nazca, cualquier oposición proletaria a la misma... son todos ellos fenómenos íntimamente vinculados al propio desarrollo del capitalismo hacia la meta que constituye el enfrentamiento militar. Saber interpretarlos correctamente, ser capaces de preverlos y de mostrar sus consecuencias aún antes de que aparezcan, son cosas que entran dentro del dominio marxista de las *armas de la crítica*, paso fundamental que vincula al proletariado inerte e incapaz de manifestarse como una clase social con intereses propios a la constitución de este proletariado en clase, *luego en partido político* según el *Manifiesto*, que asume a su vez el paso de esas armas de la crítica *la crítica de las armas*. Es por lo tanto tarea del partido comunista mostrar, aún en las circunstancias más duras y adversas al desarrollo de su trabajo, que la única realidad histórica que el capitalismo es capaz de garantizar a los proletarios es que serán utilizados una y otra vez como carne de cañón en sus guerras mientras que no logren abatir de una vez a la burguesía, despedazar su Estado e imponer su propia dictadura de clase, única vía para aniquilar definitivamente el propio capitalismo.

La burguesía española padece hoy la llamada «crisis catalana», una crisis política que pone en duda todo el ordenamiento jurídico e institucional del país, como consecuencia de una mucho más profunda crisis económica que, pese a haber superado su punto crítico, se deja sentir aún en sus consecuencias devastadoras. Y como toda crisis, económica, social o política, sus efectos pesan especialmente sobre la clase proletaria. Es evidente para cualquier observador un poco atenta que, en lo esencial, los proletarios se han mantenido relativamente al margen de las tensiones sociales que se han producido en esta «crisis catalana»: las manifestaciones, tanto del bloque independentista-republicano como del bloque constitucionalista, han estado protagonizadas por los elementos de la «sociedad civil» más involucrados en el conflicto, es decir, por la pequeña burguesía para la que esta lucha apela

directamente a sus intereses de clase más inmediatos. Pero la posición de los marxistas revolucionarios, que se colocan siempre en la perspectiva de la reanudación de la lucha de clase proletaria a gran escala, es diametralmente opuesta a cualquier tipo de indiferentismo respecto a ninguna de las cuestiones sociales que se plantean, sobre todo cuando se trata de una tan relevante como la que pone en juego el rearguitar de un supuesto conflicto «nacional».

En última instancia, el llamado «problema catalán» tiene sus causas determinantes fuera del estrecho marco nacional... español. Se inscribe en un contexto de polarización de las posiciones de los diferentes imperialismos mundiales, consecuencia a su vez de la gran crisis capitalista que comenzó en los años 2007-2008: se trata de un episodio, si bien localizado dentro de unos márgenes muy concretos como son los del enfrentamiento entre una parte de la burguesía y de la pequeña burguesía catalanas contra la burguesía española por el reparto del cada vez menor beneficio de la explotación del trabajo asalariado, de un proceso general que discurre hacia un nuevo conflicto imperialista a escala general. Es en este sentido que afirmamos que el «problema nacional» catalán afecta a la clase proletaria. No porque esta tenga interés en colocarse en defensa de uno u otro de los bandos contendientes, sino porque la misma existencia de este «problema» evidencia que el capitalismo tiende inevitablemente hacia un nuevo enfrentamiento en el que será usado como carne de cañón. Por eso mismo el «problema catalán» no tiene únicamente la dimensión de un enfrentamiento entre bandos rivales de una misma clase burguesa, sino que implica un fortísimo esfuerzo por ambas partes para poner en juego las consignas patrióticas de unidad nacional, defensa de la economía patria, del Estado y de la democracia como solución última a los conflictos sociales que se viven en el mundo capitalista. Todo el esfuerzo por crear un nacionalismo de aspecto «popular», por vincular a diferentes grupos de la pequeña burguesía catalana, como aquellos vinculados a ERC y a las CUP, tiene como objetivo mostrar al proletariado, que constituye no sólo la mayor parte de la sociedad en Cataluña, España, Europa y, en general, todo el mundo, sino también la fuerza productiva esencial, que la única vía para solucionar los conflictos sociales que cada vez se vuelven más intensos y que a cada momento afectan más y más a las condiciones de supervivencia de la población, es la alianza entre clases detrás del programa

nacionalista y democrático. Un trabajo de desmovilización preventiva, de inculcación lenta pero implacable del virus del oportunismo en el cuerpo proletario que tiene como objetivo preparar el terreno para los enfrentamientos, mucho más duros sin duda, de mañana.

Para la clase proletaria esto no es ninguna novedad. Colocada siempre en el centro de todos los conflictos sociales, ha tenido un papel esencial a lo largo de todas las etapas del desarrollo del «problema nacional» catalán en la época capitalista. El punto culminante, hasta el momento claro están, de este conflicto tuvo lugar en 1934, precisamente coincidiendo con la gran huelga insurreccional que el proletariado español desencadenó en el periodo republicano.

En octubre de 1934 tuvo lugar, como decimos, el gran movimiento insurreccional del proletariado español que, con Asturias como punto neurálgico de su acción, fue lanzado al combate por las direcciones del Partido Socialista, el Bloque Obrero y Campesino, la Izquierda Comunista de Andrés Nin y determinados sectores de la CNT. El objetivo del movimiento, lejos de corresponderse con la fuerza que desarrolló en Asturias (y en menor medida en otras regiones de España como la propia Cataluña o Castilla), era simplemente evitar el acceso del partido derechista, la CEDA, al gobierno del republicano Lerroux y reinstaurar la situación previa a 1933, año en que las elecciones expulsaron del poder a la coalición republicano-socialista. Se entiende, por lo tanto, que si hablamos de movimiento insurreccional lo hacemos para resaltar la inmensa fuerza que el proletariado desarrolló en esas semanas, a que lo hizo de hecho con las armas en la mano y a que la propia burguesía española, que tuvo que recurrir al ejército republicano para reprimirlo, lo consideró así: no se trató, en ningún momento, de un movimiento genuinamente proletario, es decir, dirigido hacia unos objetivos clasistas que, dado que el enfrentamiento llegó al punto de convertirse en combate militar, sólo podían ser los de la toma del poder y la instauración de la dictadura de clase del proletariado. La clase obrera fue vencida antes de comenzar la lucha: la bandera que se enarboló, la defensa del Estado republicano contra la «ofensiva fascista» que encarnaba, supuestamente, la CEDA, sólo podía conducir a la derrota en la medida en que era incapaz de proporcionar una dirección correcta a las fuerzas proletarias, contentándose con lanzarlas contra un espantajo que, por otro lado, jugaba precisamente el papel de precipitar un movimiento en el momento

más inoportuno posible. La lucha titánica de los proletarios asturianos, guiados por un comité revolucionario de alcance únicamente local y que era en realidad una versión reducida del mismo organismo interclasista que existía a nivel nacional, se desperdició no tanto por la falta de respuesta del resto de la clase proletaria española como por la total y absoluta falta de perspectiva y organización políticas. La represión posterior únicamente certificó el derroche de energías para fines triviales en que se había incurrido. De hecho, la clase proletaria ya no volvió a levantar cabeza, agotada en regiones como Asturias, Castilla o Andalucía y completamente desorganizada en todas partes por el apoyo de todas las organizaciones obreras al Frente Popular, en 1936 fue completamente incapaz, en una situación mucho más favorable que la de 1934, de tomar la iniciativa y cedió todas sus conquistas a la clase enemiga.

Dentro de este terrible panorama general, la insurrección proletaria de 1934 tuvo un desarrollo especialmente tormentoso en Cataluña. Es necesario recordar que fue precisamente en Cataluña donde, de manos del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista, se había fraguado la política de frente único político que dirigió el movimiento: las Alianzas Obreras, que incluían a sindicatos —todos excepto CNT— y partidos políticos, contando también con los de la pequeña burguesía nacionalista, fueron las propulsoras del gran pacto nacional entre el PSOE y el resto de partidos que se invocó a la hora de dar inicio al movimiento.

Si en el resto de España, especialmente en Asturias, la insurrección de octubre tuvo un carácter netamente proletario y fueron las organizaciones políticas y sindicales las que le privaron de unos fines y unos métodos coherentes con las necesidades de la lucha de clase, en Cataluña el movimiento estuvo directamente capitaneado por los partidos de la pequeña burguesía, con Esquerra Republicana a la cabeza. Contrariamente a lo que afirma el mito anarquista, basado en una lectura épica de los sucesos de julio de 1936, el movimiento obrero catalán, contando con una gran potencia en el terreno sindical, era un movimiento mucho más inmaduro que el de otras regiones del país en lo que se refiere a su actuación política. En Cataluña, desde finales del siglo XIX, el anarquismo insurreccionalista de pequeños grupos bien asentados en los sindicatos, nunca fue una reacción al débil movimiento socialista, sino al gran peso que tenía el republicanismo —lerrouxista primero, nacionalista después— en la cla-

se proletaria. La crisis de 1929, causa tanto de la caída de la monarquía de Alfonso XIII como de la ascensión al gobierno del PSOE, dio lugar a una progresiva diferenciación, sobre el terreno obrero, de las diferentes influencias políticas. Por un lado, la presión de la crisis sobre las clases medias, especialmente la pequeña burguesía agraria, los *rabassaires*, y las profesiones liberales urbanas, redobló las fuerzas del movimiento republicano nacionalista una vez que la gran burguesía industrial catalana selló su pacto de colaboración definitiva con el gobierno de Madrid y la oligarquía terrateniente. Este movimiento republicano-nacionalista, cuyo partido era ERC (fusión de una serie de partidos pequeño burgueses de corte nacionalista), contó con fuerzas entre el movimiento obrero a partir de su influencia entre multitud de proletarios pertenecientes a CNT y de sus vínculos directos con corrientes como el BOC o el treintismo, escisión de CNT contraria a los métodos insurreccionales propugnados por la Federación Anarquista Ibérica. Frente a ellos, la propia FAI, cuya influencia sobre la gran masa de proletarios empobrecidos por la crisis capitalista crecía sin parar enfrentándose directamente, en la calle y con las armas en la mano en multitud de ocasiones, con el Gobierno de la Generalitat controlado por Esquerra.

Los años previos a 1934 dieron lugar, en la zona de Cataluña, a una serie de pronunciamientos insurreccionales dirigidos por los anarquistas (de los cuales el del Alto Llobregat de 1932 fue el más importante) que tenían como causa la profunda insatisfacción que la República recién proclamada generaba entre los proletarios. Esta situación llevó a la pequeña burguesía catalana, golpeada por dos flancos, el de la lucha de clase del proletariado y el de la burguesía que reducía sus posibilidades de subsistencia como consecuencia de la competencia económica, a intentar llevar a una parte de la clase proletaria al terreno de la lucha nacionalista, es decir, a intentar usarlo como fuerza de choque en sus enfrentamientos tanto con el gobierno central como con la burguesía industrial catalana. Fue así como se colocó al frente del movimiento de 1934 cuando, a la vez que estallaba la lucha en el resto del país, se lanzó a declarar la república catalana. Ayudada el BOC y otros partidos menores e intentando controlar a la parte de la clase proletaria que se negó a participar en el movimiento mediante sus grupos de choque, la pequeña burguesía catalana intentó ha-

(sigue en pág. 8)

Proletarios, ¡Recordad...!

(viene de la pág. 7)

cerse con una posición de fuerza que obligase al gobierno de Madrid a negociar y a revocar las leyes que, sobre todo en el terreno agrario, le habían sido impuestas. La experiencia de una Cataluña independiente duró pocos días y los partidos sublevados fueron derrotados por la vía militar sin demasiado esfuerzo por parte de las fuerzas gubernamentales.

Por su parte, la corriente «apolítica» del movimiento obrero, capitaneada por la FAI, permaneció indiferente ante la lucha insurreccional, adoptando más bien una posición defensiva contra las medidas represivas del nuevo gobierno independentista pero también una absoluta apatía frente a los sucesos que conmocionaban a la clase proletaria del resto del país, llegando a quedarse cruzada de brazos ante la salvaje represión militar en Asturias.

1934 supuso un máximo en el proceso de acumulación de fuerzas de la clase proletaria y la dirección oportunista del movimiento, que lanzó al proletariado asturiano a un enfrentamiento imposible de ganar y permitió que la pequeña burguesía catalana encabezase la lucha en Cataluña, liquidó estas fuerzas desarmando definitivamente a la clase obrera. En Cataluña más que en ningún sitio la clase proletaria sufrió una derrota política de primer orden. Por un lado, la capacidad y la tradición de lucha era mayor entre los proletarios de Cataluña que en cualquier otra parte del país, pero por otro lado la influencia que en este proletariado tenían las corrientes políticas pequeño burguesas también eran infinitamente mayores que en cualquier otra parte. Así, fue esta pequeña burguesía la que logró controlar el sano impulso a la lucha de buena parte de los proletarios colocando a su cabeza un objetivo, la independencia de Cataluña, abiertamente anti obrero logrando con ello no sólo la derrota temporal de un movimiento que había nacido ya liquidado, sino la derrota política de un proletariado que quedó atrapado bajo la dirección de la clase enemiga.

Esto no debe llevar a pensar que, de alguna manera, la corriente anarquista que frenó la lucha de los proletarios encuadrados en los sindicatos más fuertes de la CNT mantuviese una posición correcta. Su indiferentismo, su localismo, su incapacidad para desarrollar una posición que fuese más allá de los impulsos de tipo romántico contra el nacionalismo, paralizó a la clase proletaria

colocándola en un punto simétrico respecto de aquella parte que estuvo dirigida por la pequeña burguesía nacionalista. Convirtió la sana repugnancia que entre tantos proletarios había cundido hacia las fuerzas pequeño burguesas en una pasividad absoluta que, a efectos prácticos, significó su movilización en defensa de las fuerzas del Estado central.

1934 debe dar una lección a los proletarios de hoy. Las convulsiones sociales que sin duda alguna tendrán lugar en un futuro no demasiado lejano y de las que el conflicto generado por el «problema catalán» de hoy es un anticipo movilizarán a las fuerzas de la clase enemiga en un esfuerzo inmenso por lograr controlar a la clase proletaria bien poniéndola al servicio activo de alguno de los bandos en lucha, bien neutralizándola, algo que significará exactamente lo mismo. Lo vemos hoy cuando, padeciendo los efectos de la mayor crisis económica en décadas y con una tensión social latente, la clase proletaria está completamente ausente, ha abandonado su terreno de lucha a las clases enemigas que, por su parte, no pierden el tiempo y tratan de encuadrarla en sus filas. La burguesía y la pequeña burguesía catalanistas han tenido tradicionalmente un peso mayor en las filas de los proletarios, haciéndose valer entre ellos como los defensores de una democracia «social» y «progresiva» que garantizará la coexistencia pacífica entre las clases sociales. La burguesía española, el bando constitucionalista de la burguesía y la pequeña burguesía catalanas, tiene un peso menor, pero no desiste de aumentarlo a medida en que la situación se vuelve peor y el mito de una «Cataluña oprimida» pierda fuerza.

La clase proletaria debe encontrar su propio terreno de lucha, el mismo que faltó en 1934, y que pasa por reconocer como enemigo irreconciliable a las facciones políticas de la burguesía que luchan entre sí y por encuadrarla en sus filas. En 1934 el gran ausente no fue el movimiento de clase del proletariado, que se nutría entonces de una clase obrera sumamente generosa y entregada en sus esfuerzos y en su lucha; faltó, trágicamente, el partido de clase, órgano indispensable para la lucha revolucionaria del proletariado tanto como para la lucha por sus objetivos más inmediatos. Este partido, aún hoy ausente después de décadas de contrarrevolución prolongada, no nace ni por la voluntad de pequeños grupos de conspiradores ni directamente de la lucha proletaria; el partido comunista revolucionario se puede reconstruir sólo sobre las bases teóricas y programáticas

del marxismo revolucionario, vinculado con el balance histórico y político de las contrarrevoluciones que asesinaron a la revolución de octubre y a la Internacional Comunista y sobre la línea de la defensa intransigente de la única corriente comunista que no plegó jamás al estalinismo ni a sus variantes sucesivas ni al oportunismo en sus múltiples versiones: la corriente de la izquierda comunista de Italia. El partido de clase al cual dedicamos nuestras energías y nuestra batalla cotidiana en contacto con la clase obrera y con sus problemas de clase, podrá volver a desarrollar su tarea de guía internacional del proletariado a condición de que el proletariado mismo reconquista su terreno de lucha clasista, partiendo inevitablemente de la lucha en defensa exclusiva de sus intereses de clase que, con la maduración del enfrentamiento con las clases enemigas –burguesía y pequeña burguesía– que, empujadas por las crisis de la misma sociedad capitalista no podrán sino empeorar cada vez más las condiciones de existencia de las grandes masas proletarias de los países imperialistas, más ricos, más civilizados; condiciones de existencia cada vez más insostenibles, más parecidas a las que mueven desde hace treinta años a las masas de migrantes de África, del Medio Oriente y de Asia.

Sin la reanudación de la lucha de clase proletaria, el partido comunista revolucionario no podrá tener ninguna posibilidad de influenciar determinantemente a los estratos proletarios más avanzados; sin el encuentro con el partido comunista revolucionario por parte de estos no habrá posibilidad alguna para el proletariado de luchar eficazmente por su propia emancipación del capitalismo. En 1934, el proletariado asturiano y español puso en marcha su fuerza, pero faltó este encuentro, porque faltaba el partido comunista revolucionario que el estalinismo había destruido y que no podía renacer de sus cenizas como el ave fénix.

Los acontecimientos históricos son extremadamente contradictorios y largos, pero proceden por grandes rupturas sociales: el partido de clase, a su vez tiene un desarrollo histórico extremadamente contradictorio y puede reconstituirse, si bien en un proceso de formación largo y tormentoso, sólo sobre la línea intransigente del marxismo que dirige la lucha del proletariado a romper con todos los mitos nacionalistas, democráticos y reformistas, con cualquier política basada en la colaboración de clases y en la conciliación con los intereses de la burguesía y el proletariado de los cuales, siempre, la pequeña burguesía es el paladín.

Los Comités en Defensa de la República, organismos para la colaboración entre clases

Las reivindicaciones nacionalistas o independentistas catalanas, tal y como llevan planteándose desde finales del siglo XIX, nunca han tenido una gran aceptación entre el proletariado español en general y catalán en particular. Tal y como se ha explicado en este mismo periódico en varias ocasiones, las peculiaridades del movimiento nacionalista catalán, que ha sido simultáneamente partido organizado en defensa de las exigencias particulares de la burguesía y la pequeña burguesía catalana y fuerza de choque anti proletaria, mostraron a la clase obrera desde un primer momento que, incluso sin tener en cuenta consideraciones políticas de mayor alcance, el programa nacionalista catalán, así como su vertiente radicalizada independentista, tenía un carácter netamente burgués y opuesto por lo tanto hasta a las reivindicaciones de carácter más inmediato que el proletariado organizado sobre el terreno de la lucha sindical pudiera plantear. No es por casualidad que el adjetivo utilizado para referirse a los obreros catalanes por parte de la burguesía y de la pequeña burguesía catalana fuese *murcianos*, resaltando su carácter no catalán y, por lo tanto, no nacional. Como tampoco es casualidad que los campeones del «independentismo» catalán de los años '30 temblasen con el simple hecho de escuchar el nombre de los líderes de la CNT y de la FAI y que, llegado el momento en que estos líderes condujeron a los proletarios de Barcelona en la batalla contra los militares sublevados en julio del '36, los representantes políticos de ese independentismo se refugiaban bajo las mesas de la Generalitat.

Ciertamente en el anti nacionalismo visceral de una buena parte del proletariado catalán ha sido históricamente un acto reflejo, consecuencia de la presión que la burguesía y la pequeña burguesía catalana ejercían sobre las organizaciones sindicales, de la política de asesinatos en la calle de los principales líderes de CNT y de la colaboración que los representantes de ambas clases no dudaron en mantener con la más negra reacción española contra la lucha de la clase proletaria. Esto quiere decir que realmente este anti nacionalismo «espontáneo» y en muchos sentidos ingenuo nunca cristalizó en un verdadero rechazo a las consecuencias políticas del programa nacionalista burgués y, en última instancia, desapareció una vez que llegó el momento del enfrentamiento

abierto con la pequeña burguesía republicana. Y es sobre la base histórica de esta ausencia, de la falta de una crítica explícitamente política al nacionalismo, que se ha podido construir la leyenda de un «nacionalismo de clase» o de un independentismo cercano a la lucha proletaria. La trágica ausencia del partido de clase, que faltó tanto en el momento crítico de la lucha proletaria en España como posteriormente, cuando su tarea hubiera debido ser la de mantener viva la experiencia histórica de la lucha revolucionaria, y por lo tanto, en lo que se refiere a la «peculiaridad» catalana en concreto, la de la imposibilidad de conciliar lucha de clase y nacionalismo, ha permitido a todas las corrientes políticas que han querido sacar partido de esta ausencia, reescribir la propia historia del proletariado en Cataluña con el fin de dotar de una cierta tradición política de colaboración entre clases que defienden hoy.

Por supuesto que estas corrientes no plantean abiertamente el apoyo a las manifestaciones más evidentes del patrioterismo catalanista, no prestan su adhesión directa a los partidos políticos de la burguesía y de la pequeña burguesía catalanas que son los que enarbolan el amplio abanico de afirmaciones autonomistas, nacionalistas e independentistas: únicamente en las raras ocasiones históricas en las que el potente vendaval de la lucha clasista del proletariado pone en serios aprietos a la burguesía su orden, el oportunismo político toma las armas para defenderlos abiertamente. En los largos periodos de paz y atonía social, donde la lucha de clases aparece únicamente de una forma larvada y prácticamente tan oculta que llega a parecer que las propias clases sociales han desaparecido, la función de estas corrientes políticas, sin dejar de ser la del auxilio a la burguesía en su tarea de mantener sometida a la clase proletaria, toma también una forma más discreta y sutil, pero precisamente por ello más ladina y peligrosa, aprovechando cada una de las conmociones que, a menor nivel pero sin llegar a desaparecer nunca, sacuden a la sociedad capitalista para apretar los nudos que sujetan el cuello del proletario a la soga de su verdugo burgués.

Una de las formas más habituales para hacerlo, la más popular entre los grupos de la extrema izquierda que acude siempre a cubrir el flanco que abandonan las corrientes políticas más abiertamente identificadas con el dominio de

clase de la burguesía, es imponer la idea de que en cualquier conflicto el proletariado *siempre* está interesado en defender a uno de los bandos en lucha. Da igual que se trate de una guerra imperialista que una lucha, como la que se da hoy en España, entre facciones enfrentadas de una misma clase burguesa con un alcance mucho menor que la del enfrentamiento bélico: para estas corrientes oportunistas la lucha de clase proletaria sólo puede existir como corriente de cola de uno de los dos bandos, lo que significa afirmar que los objetivos inmediatos e históricos de la clase proletaria sólo pueden realizarse como resultado de su encuadramiento al lado de la burguesía.

Para el marxismo, el indiferentismo, la política que afirma que únicamente la lucha de clase «pura», no contaminada por la presencia de clases sociales distintas al proletariado en lucha ni por sus objetivos que se plantean a la vez que los de la este, es el mayor de los errores: desde su aparición sobre la arena de la historia el proletariado jamás ha podido enfrentarse a un escenario en el que él y sólo él sea el único protagonista. Desde el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848, hasta el *Estado y la Revolución* de Lenin, pasando por *La Guerra Civil en Francia* de Marx y Engels, obras que jalonan los grandes hitos de la lucha revolucionaria de la clase proletaria, a ningún verdadero marxista se le ha ocurrido afirmar que esta deba entrar en acción sólo cuando llegue el gran día de la verdad en el que únicamente se enfrenten dos ejércitos opuestos, en perfecta formación y con las banderas precisamente definidas. Lejos de ello, el registro de los trágicos eventos que han sacudido a la humanidad en los dos últimos siglos, muestra para los marxistas que esta lucha «pura» jamás existirá, ni siquiera en los países capitalistas más avanzados, donde el proletariado supone ya la gran mayoría de la población y la burguesía una parte muy pequeña de la misma. En 1951 precisamente como balance de uno de esos trágicos eventos (la oleada revolucionaria que golpeó al mundo burgués desde 1917 hasta bien entrados los años '20 y) sobre todo, de su derrota a manos de la criminal contrarrevolución que exterminó a varias generaciones de revolucionarios, nuestro partido escribía en las *Tesis características*:

(sigue en pág. 10)

Los Comités de defensa de la República...

(viene de la pág. 9)

«Los acontecimientos, no la voluntad o la decisión de los hombres, determinan así incluso el sector de penetración de las grandes masas, limitándolo a una pequeña parte de la actividad total. Sin embargo el partido no pierde ocasión alguna para penetrar en toda fractura, en todo intersticio, sabiendo bien que la reanudación de la acción revolucionaria no tendrá lugar sino después que este sector se haya grandemente ampliado y vuelto dominante.»

Lo que implica que cada una de las grietas, de las fracturas, que aparecen en el curso «normal» de la dominación de la clase burguesa sobre el proletariado, aunque se trate de enfrentamientos entre diferentes burguesías y la clase proletaria no tenga ningún objetivo claro e inmediato a lograr en ellos, son de vital importancia para esta clase y para el partido que busca dirigirla hacia la revolución, por lejana que parezca hoy esta perspectiva.

Pero hay un abismo entre esta afirmación, que responde a una comprensión correcta acerca del papel que ocupa la clase proletaria en la sociedad burguesa, de la inestabilidad que esta lleva en su ADN y de las continuas posibilidades que ofrece para, cuanto menos, mostrar a ciertos sectores proletarios la verdad que hay en las posiciones que históricamente ha defendido el marxismo revolucionario, y la política seguida por las corrientes de la izquierda y la extrema izquierda oportunista, que en cada confrontación, en cada episodio en el que una clase social no proletaria se revuelve, ven la imperiosa necesidad de que el proletariado abandone sus objetivos, su teoría, su programa y su misma organización, para lanzarse a participar seducidos por el calor de la actividad frenética en una lucha ante la que no debe permanecer indiferente, pero que no es la suya.

Un caso muy característico de este tipo de fenómenos lo podemos ver, hoy, en torno al «problema catalán», concretamente en sus manifestaciones de calle más visibles, esas en las que la masa interclasista interviene en nombre de la «justicia», la «democracia» y los «derechos universales». Se trata de los Comités en Defensa de la República y de su actividad en los últimos meses.

Como es sabido los Comités en Defensa de la República (CDR por sus siglas), surgieron en los meses previos al referéndum de octubre del año pasado, con el nombre de Comités en Defensa

del Referéndum y precisamente con el objetivo de ayudar a que este referéndum se realizase. Fueron los encargados de movilizar a la parte de la población catalana que ocupó y protegió los colegios electorales, que se enfrentó a la Guardia Civil y a la Policía Nacional para salvar las urnas con los votos, etc. También fueron los encargados de organizar la calle durante el día de «paro nacional» que se convocó en respuesta a la actuación de la policía, de asediar los acantonamientos de esta, de realizar las acciones en solidaridad con los presos, etc. Fueron, y son, en definitiva, un perfecto mecanismo de encuadramiento político nacionalista con el que las fuerzas burguesas y pequeño burguesas que han enarbolado la bandera del «derecho a decidir» logran mantener movilizadas a la población. Resulta obvio que estas organizaciones no son órganos para la lucha de clase, no tienen como objetivo ni siquiera incidir en las condiciones de existencia de la clase proletaria, no buscan tener presencia en los conflictos que sostiene ésta a diario con la burguesía y sus agentes: tienen un programa de «acción directa» al servicio de la clase burguesa mediado por las consignas pequeño burguesas de democracia, libertad etc. con las que buscan movilizar a una población duramente golpeada por la brutalidad del Estado español.

Pero realmente esto no parece ser tan obvio para la gran mayoría de las corrientes políticas que, fascinadas por un aparente «revivir de las movilizaciones sociales», han hecho de los CDR y de su participación en ellos su mascarón de proa, evidenciando con esto lo lejos que se encuentran tanto del marxismo que dicen defender como de la simple perspectiva de la lucha de clase independiente.

Para mostrar la naturaleza de este tipo de posiciones, tomamos como referencia un texto aparecido en *La Izquierda Diario*, órgano de prensa digital ligado a la *Fracción Trotskista – Cuarta Internacional* cuya filial española es la *Corriente Revolucionaria de los Trabajadores* (ver *El Proletario* n° 14 *La Corriente Revolucionaria de los Trabajadores: un aporte a la confusión entre la clase proletaria*) que representa perfectamente todos los errores y todas las falacias pseudo marxistas de todo el abanico de grupos que ven en los CDR el próximo resurgir de la lucha de clase proletaria.

El texto, *Comités de Defensa de la República catalana: el reto de ser el motor de la autoorganización*¹ comienza explicando el origen de los CDR, en lo que es, realmente, un reconocimiento de su origen puramente pequeño bur-

gués:

«Los procesos de masas como el actual, el de un gran movimiento democrático por el derecho a decidir del pueblo catalán, dan fenómenos de organización y autoorganización como el de los CDR, que probablemente continúe su desarrollo ante una crisis que promete no cerrarse rápidamente.

¿Cuál es este nuevo actor político? Es tan complejo y dinámico como lo es la propia situación. Quizás deberíamos hablar de más de uno.

Las fuerzas políticas que comenzaron a impulsarlos son esencialmente del entorno de la izquierda independentista como la CUP (Candidatura d'Unitat Popular) y se fueron sumando entidades civiles independentistas como la ANC (Asamblea Nacional Catalana) y OMNIUM Cultural, entre otras. Confluyendo con centenares de personas que se organizaron para garantizar la apertura de los colegios y el referéndum. También participan colectivos sociales y organizaciones de izquierda no independentistas, así como miembros de sindicatos de izquierda».

Resumiendo brevemente, los CDR son organismos de la llamada «izquierda independentista», un bloque de por sí heterogéneo pero que tiene a las *Candidaturas de Unidad Popular* a la cabeza y que representa a un amplio abanico de sectores de la pequeña burguesía rural y urbana así como a determinados sectores de trabajadores vinculados a la administración autonómica catalana. Esta «izquierda independentista» reunió, en los CDR, a organizaciones no tan de izquierdas como *OMNIUM Cultural*, una organización creada en los años '60 por el empresariado catalán, o la *Asamblea Nacional Catalana*, formada a su vez por representantes del mundo cultural y académico catalán, además de otro tipo de organizaciones «sociales»... Lo que, para la corriente trotskista que publica *La Izquierda Diario*, es prueba de «transversalidad» está claro que no es otra cosa que colaboración entre clases, organismos interclasistas dominados por y para la burguesía y la pequeña burguesía catalanas. Se entiende que este vicio de origen es pasado por alto por la *Corriente Revolucionaria de los Trabajadores*, dada su evolución posterior:

«La dinámica de la situación los fue transformando. El grito del «votarem» (votaremos) se convirtió en «guanyem» (ganamos) después de que en 1300 centros de votación pudieran ejercer su derecho a voto alrededor de dos millones de personas. Pero este primer triunfo les

dio sólo un día de descanso para prepararse para la huelga del martes 3-O, convocada por la izquierda sindical contra la represión. Muchos comités pasaron a llamarse «de vaga» (de huelga) y se movilizaron con piquetes desde los barrios y comarcas hasta llenar las calles céntricas de Barcelona y otras ciudades.

Desde ese día los comités continúan organizados, la amenaza de la aplicación del 155 por un lado, y la primera declaración de Independencia del 10-O que duró menos de diez segundos para ser suspendida por el President, por el otro, los mantuvo en alerta permanente para defender que se cumpla el mandato del pueblo catalán del 10. Así muchos pasaron de llamarse Comités de Defensa del Referéndum a «de la República». Esta alerta activada por las noticias del día a día, se traslada en debates políticos permanentes entre las organizaciones políticas que se encuentran en su seno.»

Hasta llegar al punto de que:

«Podríamos decir que se moviliza ese espíritu del 15M que quedó latente porque el «no nos representa» y el «le llaman democracia y no lo es» son denuncias muy sentidas con respecto al gobierno español para la gran mayoría que sufre el paro, los desahucios o los recortes. También para una gran mayoría de jóvenes que sufren la precariedad o las altas tasas de los centros de estudios que han expulsado a miles de las universidades»

Es decir, para la *Corriente Revolucionaria*, la naturaleza social de una organización, o una suma de organizaciones como son los CDR, no radica en la clase a la que representa, pretende organizar y sirve. Su fuerza no está en encarnar la tendencia histórica a la lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa y en constituir un arma de aquella contra esta, sino en una evolución, en una «dinámica de la situación» que hace evolucionar desde la defensa del referéndum hasta el republicanismo, es decir, desde la defensa de la ficción democrática en cuyo nombre se hicieron apalear miles de personas mientras que Puigdemont, Junqueras y Gabriel se escondían en lugares seguros, hasta la corriente política, el republicanismo, que en Cataluña ha representado históricamente la punta de lanza de la lucha anti proletaria. Y todo esto para decir, finalmente, que esta «defensa de la república» moviliza a la gran mayoría (cuidado con decir proletariado) que sufre el paro, los desahucios y los recortes. Para una corriente que se reclama del marxismo, es todo un logro: es el repu-

blicanismo al servicio de la burguesía catalana el movimiento político que debe encuadrar a esa «mayoría» que padece las penurias de la sociedad capitalista. Lejos queda, para ellos, la afirmación del *Manifiesto*:

«El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.»

Para la *Corriente Revolucionaria de los Trabajadores* los términos deben invertirse: el proletariado no debe constituir ningún movimiento autónomo, su lucha no debe dirigirse hacia la satisfacción de sus propios intereses, la sociedad de sus opresores no debe saltar por los aires... O no habrá República.

Pero el cinismo anti marxista de este grupo llega a su punto culminante, cuando, tras haber explicado la naturaleza de los CDR, pasan al debate acerca de las necesidades que a este grupo le depara el momento actual:

«Uno de los debates dentro de los CDRs es sobre su autonomía o no de los partidos del bloque soberanista. Por lo que es necesaria una reflexión sobre la necesidad de construir una dirección alternativa para que la clase trabajadora y los sectores populares comiencen a imponer su impronta tomando las demandas democráticas del movimiento e incorporando las grandes demandas sociales. La única forma sería de que el movimiento pueda ensanchar sus bases, no solo en términos cuantitativos, sino cualitativos.

Una gran diferencia con el 15M es que la politización está impregnada en estos debates de manera más directa y descarnada. Los sectores no independentistas son mucho más críticos de la dirección del procés, sectores de la clase trabajadora que no se sienten identificados con defender una causa dirigida por Puigdemont y un Govern culpable de los sufrimientos de los sectores populares.

Esto es un punto de contacto con la mayoría de la izquierda sindical y diferentes grupos políticos de izquierda. Sin embargo ser críticos de la dirección no debería significar en ningún momento desinterés sobre el problema o una política que mire hacia otro lado desestimando las posibilidades del enorme movimiento democrático. No hay política de

(sigue en pág. 12)

TERRORISMO Y COMUNISMO de L. Trotsky

El libro se puede descargar en el sitio del partido en internet:

www.pcint.org

Para copias en papel, escribe:
Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid

Las razones de nuestro abstencionismo

(Textos del partido N° 1,
Octubre 2015, A4, 20 páginas)

- Introducción
- El parlamento y la lucha por los sóviets (Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919)
- La Tercera Internacional y el Parlamentarismo (De «El Soviet», año III, n°11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527)
- La nueva época y el nuevo parlamentarismo (Introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo, II Congreso de la IC 1920)
- Tesis sobre el Parlamentarismo (Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano • II Congreso de la IC 1920)
- Preparación revolucionaria o preparación electoral (De l'«Avanti!», 14/09/1919)
- 1921. Elecciones (A. Bordiga, «El Comunista» del 14/04/1921)
- Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921 (Manifiesto publicado en «El Comunista» del 21 de abril de 1921)
- El cadáver todavía camina (De opúsculo «Sul filo del tempo», Partido Comunista Internacional, mayo de 1953)

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

Los Comités de defensa de la República...

(viene de la pág. 12)

«izquierda» si no es en el marco de la defensa incondicional del derecho de autodeterminación.

Pero dentro del movimiento hay que desplegar abiertamente un programa con medidas como el reparto de horas de trabajo sin disminución salarial, el aumento del salario mínimo, el fin de la precariedad laboral, el no pago de la deuda, una educación pública totalmente gratuita y sostenida con impuestos a las grandes fortunas entre otras.»

De nuevo, las posiciones correctas en términos marxistas respecto a los CDR, que únicamente pueden consistir en su denuncia sistemática con el fin de aclarar a los elementos proletarios que puedan sentirse atraídos por ellos la necesidad de romper tanto con la política de colaboración entre clases como con las organizaciones que la sustentan (sin que ello suponga dejar de oponerse a la represión política y policial en Cataluña sino, todo lo contrario, planteándola en términos coherentes) se dejan de lado para fascinarse con un falso debate en el que pugnarían corrientes «burguesas» y «obreras». La *Corriente Revolucionaria de los Trabajadores* pretende que es posible una evolución de los CDR hacia posiciones de corte obrerista en los CDR y que aquellas, de hecho, serían las únicas capaces de mantener vivos a estos. Es decir, que unos organismos creados por los compañeros inseparables de «Puigdemont y un Govern culpable de los sufrimientos de los sectores populares», por quienes le han dado el Govern y le han mantenido en él, puede acabar por volverse contra ellos. Mecánica clásica del oportunismo: apoyemos a nuestra burguesía, hagamos nuestros sus objetivos y luego, sólo luego, rebasémoslos. Mientras tanto, cualquier oportunidad para la clase proletaria de romper con el sometimiento a los intereses de la clase enemiga, se ha esfumado.

El punto central de este razonamiento es el «derecho de autodeterminación». A lo largo de la serie de artículos que han aparecido en *El Proletario* acerca del «problema catalán» hemos mostrado el carácter reaccionario de la consigna de «autodeterminación» para Cataluña, el verdadero significado que está detrás de ella, etc. Pero lo cierto es que esta reivindicación se vuelve especialmente nociva para la clase proletaria cuando se amalgama con reivindicaciones más o menos proletarias como hace la *Corriente Revolucionaria de los Tra-*

bajadores. «Dentro del movimiento» dice este grupo, se debe enarbolar estas reivindicaciones referidas a las condiciones de existencia de la clase proletaria, haciendo creer que la burguesía catalana las concedería si los proletarios luchan a su lado y una vez haya logrado su objetivo. No puede existir una mentira mayor. La parte de la burguesía y de la pequeña burguesía catalana que defiende sus intereses bajo la consigna independentista, lo hace precisamente porque la competencia con el resto de la burguesía, con los grandes consorcios del capital español, con los comerciantes de otras regiones, etc. ha vuelto sus condiciones de existencia tan precarias, ha salido tan dañada de esta lucha, que necesita movilizar tras sus exigencias a una parte de la población catalana para utilizarla como fuerza de choque en una embestida final con la que espera lograr concesiones por parte del Estado. Pero estas concesiones, lejos de suponer una mejora para los proletarios de Cataluña, supondrán un refuerzo de la posición de las clases burguesas en Cataluña que por un lado habrán obtenido un marco regulatorio más propicio para explotar a sus proletarios y, por el otro, mantendrán la fuerza de una movilización abiertamente anti proletaria para mantener el orden en su región. El «derecho de autodeterminación» es una quimera en el caso catalán, cuando lo que está en juego no es la opresión política o económica de un pueblo por parte de otro, sino una lucha entre contendientes de la misma clase social y que han gobernado conjuntamente el Estado español durante 40 años. Pero esa quimera se volverá increíblemente real para la clase proletaria en la medida en que la burguesía le pueda utilizar como carne de cañón en su enfrentamiento y pase de la movilización de calle a las exigencias sobre todos los terrenos, forzándole a asumir la defensa de la patria catalana y de su economía nacional como un imperativo insoslayable. Grupos como la *Corriente Revolucionaria de los Trabajadores* allana el camino para que eso suceda.

El difícil camino que la clase proletaria debe recorrer para ser capaz de reanudar su lucha contra la burguesía, estará marcado, en las próximas décadas, por una intensificación del enfrentamiento entre burguesías, por una exacerbación de las exigencias nacionalistas en todos los países, por un aumento de la propaganda patriótica y un esfuerzo redoblado para encuadrar a los proletarios en luchas que no son las suyas. Esto responde a la profundización en los términos de la crisis social que, si bien siempre existe en el capitalismo, se agudiza con cada crisis económica. La tor-

tuosa salida de la crisis de 2008, que se ha logrado sólo parcialmente, a costa de movilizar cantidades ingentes de capital para recuperar tan sólo una porción muy pequeña de la tasa de beneficio, que ha polarizado las relaciones entre los Estados imperialistas, permite ver que el futuro no será de paz y orden, sino de caos y enfrentamiento. En este contexto, aparecerán continuamente fortísimas tensiones sociales en las que el proletariado muy probablemente no sea la clase protagonista, sino que simplemente se vea llamado a participar para sustentar a alguna de las clases en liza. Aparecerán, por lo tanto, organizaciones como los CDR, de carácter netamente interclasista y objetivos puramente burgueses. Y aparecerán, también, las corrientes del oportunismo político y sindical que llamarán a los proletarios a sumarse a ese tipo de organismos y a abandonar, aún antes de nacidos, cualquier tipo de inclinaciones hacia la lucha independiente de clase. Como hemos dicho, el partido de clase, por débil numéricamente y limitado a la intervención de propaganda que esté, siempre planteará la necesidad de la lucha política tanto contra el encuadre interclasista de los proletarios como contra las organizaciones que lo defienden. Y lo hará alejándose de cualquier postura de indiferencia o pasividad, entendiéndolo y explicando los fenómenos sociales que dan lugar a este tipo de manifestaciones como necesidad inevitable del propio orden burgués que acusa una debilidad cada vez mayor y debe apoyarse en todas las capas de la población, especialmente en el proletariado, para defenderse. Explicando, por lo tanto, que los proletarios deben aprovechar la debilidad de la que estos fenómenos son síntomas, pero para defender sus propias posiciones, para batirse contra todas las clases enemigas, de la burguesía a la pequeña burguesía, y recuperar el terreno de la lucha clasista, tanto en lo referido a las exigencias inmediatas y referentes a la supervivencia cotidiana, como en lo referido a las grandes cuestiones históricas que, tarde o temprano, deberá volver a afrontar: lucha de clase revolucionaria, anticapitalista y antiburguesa; necesidad de tomar el poder e instaurar su dictadura de clase para extirpar cualquier vestigio del dominio político de la burguesía; transformación socialista de la sociedad.

NOTAS:

(1) https://www.izquierdadiario.es/Comites-de-Defensa-de-la-Republica-el-reto-de-ser-el-motor-de-la-autoorganizacion?id_rubrique=2653

La cuestión de las nacionalidades en España

Reproducimos a continuación la parte del artículo La cuestión de las nacionalidades en España dedicada a Cataluña. Este artículo se publicó en los números 23 y 25 de la revista El Programa Comunista en los años 1977 y 1978. En él se pretendía dar una visión general, pero no por ello poco precisa o ambigua, acerca de la relación entre los principios marxistas, el programa del partido y el problema específico que la cuestión nacional en España había supuesto a lo largo del tiempo. No es necesario variar ni una sola coma de lo escrito entonces. Es más, la serie de artículos que en El Proletario se ha publicado sobre la cuestión catalana, pueden considerarse perfectamente como una reafirmación de las posiciones defendidas en ese artículo. El texto completo puede consultarse en nuestro sitio web.

Dándonos la clave de la persistencia de fenómenos regionalistas bien entrado el siglo XIX, Marx esboza en 1854 la historia de la monarquía española que, «exhibe todos los síntomas de larga y nada gloriosa putrefacción» y que «debe ser más bien catalogada junto con formas asiáticas de gobierno», a la cabeza de un «conglomerado de repúblicas mal regidas».

«¿Cómo explicar empero el singular fenómeno consistente en que tras casi tres siglos de una dinastía habsburguesa seguida de otra borbónica — cada una de las cuales se basta y se sobre para aplastar a un pueblo— sobrevivan más o menos las libertades municipales de España, y que precisamente en el país en que, de entre todos los estados feudales, surgió la monarquía absoluta en su forma menos mitigada no haya conseguido sin embargo echar raíces la centralización? La respuesta no es difícil. Las grandes monarquías se formaron en el siglo XVI y se asentaron en todas partes con la decadencia de las antagónicas clases feudales —la aristocracia y las ciudades—. Pero en los demás estados de Europa la monarquía absoluta se presentó como un foco civilizador, como la promotora de la unidad nacional. Fue en ellos el laboratorio donde se mezclaron y elaboraron los diversos elementos de la sociedad de modo tal que indujo a las ciudades a abandonar la independencia local y la soberanía medievales a cambio de la ley general de las clases medias y del común dominio de la sociedad civil. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se sumía en la degeneración sin perder sus peores privilegios, las ciudades perdieron su poder medieval sin ganar en importancia moderna.

«Desde el establecimiento de la monarquía absoluta vegetaron las ciudades en un estado de continua decadencia [...] Al declinar la vida comercial e industrial de las ciudades se hizo cada vez más escaso el tráfico interior y menos frecuente la mezcla de habitantes de las distintas regiones, se descuidaron los medios de comunicación y se abandonaron los grandes caminos. Así la vida local de España, la independencia de las regiones y municipios, la diversidad del estado de la sociedad, fenómenos basados originariamente en la configuración física de país y desarrollados históricamente por la diversidad de los modos

como las distintas regiones se emanciparon de la dominación mora para formar pequeñas entidades independientes, todo eso se vio finalmente reforzado y confirmado por la revolución económica que agotó las fuentes de la actividad nacional. Y así, la monarquía absoluta encontró ya en España una base material que por su propia naturaleza repelía la centralización; además, ella misma hizo cuanto estuvo en su poder para impedir que se desarrollaran intereses comunes basados en una división nacional del trabajo y en una multiplicación del tráfico interior —única y verdadera base para poder crear un sistema administrativo uniforme y el dominio de leyes uniformes—. Así, pues, la monarquía absoluta española, a pesar de su superficial semejanza con las monarquías absolutas de Europa en general, debe ser más bien catalogada junto con las formas asiáticas de gobierno. Como Turquía, España siguió siendo un conglomerado de repúblicas mal regidas con un soberano nominal al frente. [...] A pesar de ser despótico, el gobierno no impidió que subsistieran en las regiones los varios derechos y costumbres, monedas, estandartes o colores militares, ni siquiera sus respectivos sistemas fiscales.

«[...] Y así pudo ocurrir que Napoleón —al igual que todos sus contemporáneos— que consideraba a España como un cuerpo inanimado, sufriera la fatal sorpresa de descubrir que si el Estado español había muerto, la sociedad española estaba llena de vida, y cada parte de ella rebosaba capacidad de resistencia.»¹

«En ausencia de una clase moderna con desarrollo suficiente, y siendo el ejército y la monarquía las únicas fuerzas a nivel estatal, los movimientos revolucionarios democráticos decimonónicos no serán más que la yuxtaposición de movimientos provinciales, al arrastre de pronunciamientos militares y de conflictos dinásticos.»²

Pero ya «en 1856 la revolución española ha perdido no sólo su carácter dinástico, sino también su carácter militar [...] Esta vez el ejército ha estado completamente solo contra el pueblo, o más exactamente, sólo ha luchado contra el pueblo y contra la Guardia Nacional. Con otras palabras: ha terminado la misión revolucionaria del ejército español [...] La nueva revolución europea hallará a España madura para cooperar con ella. Los años

1854 y 1856 fueron fases de transición por las que tuvo que pasar para llegar a esta madurez.»³

Y Marx, que en 1854 escribía que «la cuestión social en el sentido moderno de la palabra no tiene base en un país aún subdesarrollado» como España⁴, dos años más tarde exclamará, entusiasta y con un deje de sorpresa:

«En 1856 no tenemos ya simplemente la corte y el ejército de un lado contra el pueblo del otro, sino que además tenemos en las filas del pueblo las mismas divisiones que en el resto de la Europa Occidental [...] Esto suministra una nueva ilustración del carácter de la mayoría de las luchas europeas de 1848-1849 y de las que tendrán lugar en adelante en la porción occidental del continente. Existen por una parte la industria moderna y el comercio, cuyas cabezas naturales, las clases medias, son contrarias al despotismo militar; por otra parte, cuando empiezan su batalla contra ese despotismo arrastran consigo a los obreros, productos de la moderna organización del trabajo, los cuales reclaman la parte que les corresponde del resultado de la victoria. Aterradas por las consecuencias de una tal alianza involuntariamente puesta sobre sus hombros, las clases medias retroceden hasta ponerse bajo las protectoras baterías del odiado despotismo. Este es el secreto de los ejércitos permanentes en Europa, incomprensibles de otro modo para el futuro historiador. [...] El que esta lección haya ido a darse también en España es algo tan impresionante como inesperado»⁵

En un país cuya decadencia acentuó el aislamiento económico y social de sus distintas regiones, la monarquía necesitó apoyarse activamente en el ejército para consolidar y centralizar su poder. Conjuntamente con la Iglesia —que «hacia tiempo había dejado de identificar sus intereses con los de la España feudal» y que «gracias a la Inquisición se convirtió en el instrumento más formidable del absolutismo»⁶ el ejército, además de ser ya la «ultima ratio» contra «la canalla», se volvió uno de los pilares fundamentales del régimen estatal español, es decir, del centralismo burocrático de Madrid.

La derrota de las sucesivas insurrecciones populares hasta la de 1856

(sigue en pág. 14)

La cuestión de las nacionalidades...

(viene de la pág. 13)

no significó empero un puro y simple retorno a la monarquía absoluta del Viejo Régimen Respondiendo a las incontenibles exigencias del desarrollo burgués, el poder vencedor debió —en medio de avances y retrocesos, de crisis palaciegas y ministeriales en cascada— hacerse el heredero de las tendencias, aún en su primer estadio, de las transformaciones burguesas efectuadas desde arriba, quemando las etapas de las monarquías absolutas que cobijaron el ascenso de la burguesía europea.⁷

Mientras la monarquía se aburguesaba, el poder político, sostenido por el ejército, administrado por una burocracia corrupta y voraz, dirigida por camarillas con un personal proveniente sobre todo de Castilla y Andalucía — estará al servicio de la especulación y del enriquecimiento típicamente burgueses de una «oligarquía» compuesta por especuladores, grandes industriales, propietarios terratenientes y mineros, abogados y generales.

La Revolución burguesa de 1868-1874

Así como la crisis de 1847 suscitó la revolución de 1848 en Francia y en Alemania, la de 1866-1867 desencadena la revolución de 1868 en España. Dirigida por la burguesía catalana (que se plantea en el terreno de la nación *española*), todo en ella se transforma en farsa, aun antes de haber podido asumir visos de tragedia. La burguesía catalana no buscó fundar y fundir la unidad nacional española en la lucha de las masas revolucionarias de toda España que se enfrentaban con clases y fuerzas (monarquía y ejército) de alcance suprarregional: ante el pavor a la acción revolucionaria de sus propios obreros y de las masas campesinas, lo buscó en el ejército mismo y en la sombra fetichista de una nueva monarquía burguesa.

Debiendo contar con un apoyo popular, sus jefes demócratas buscan la alianza con círculos militares que, con Prim, sostenían que «la más absoluta reserva con el pueblo puede únicamente darnos buen resultado»⁸, y su primer gobierno es una ensalada de camarillas políticas que habían marcado toda la historia de la monarquía anterior. Victoriosa gracias a la acción revolucionaria de los movimientos populares provinciales, el gobierno provisional —cuyo «temor a verse desbordado por la «izquierda» parecía superior al que pudiera inspirarle la derecha»⁹— se encarga de desarmar a las milicias. A la cabeza dd un movimiento necesariamente antidinástico y republicano, el gobierno «revolucionario» se declara por el principio monárquico y obra para crear una nueva dinastía, derrotando para ello con an-

terioridad al movimiento republicano, y basa el régimen en el pucherazo heredado de la monarquía isabelina. Debiendo barrer con todo el pasado, el gobierno de «la Gloriosa», no sólo reconoce la deuda pública, sino que acentúa su dependencia financiera respecto a los reyes de la Bolsa; no sólo no toca las estructuras agrarias, sino que masacra al campesinado revolucionario mientras sus parlamentarios disertan sobre los «Derechos del Hombre». Cuando a pesar de lo absurdo de la empresa —vestir una revolución republicana con una monarquía repudiada por las clases contrarrevolucionarias y por las masas revolucionarias— la burguesía debe a disgusto aceptar que Amadeo de Saboya sea «el primer rey en declararse en huelga» (Engels), serán las Cortes monárquicas las que proclamarán la I República, por no tener solución de recambio, y atomizadas por el rugido que sube de la calle. Su primer gobierno estará compuesto (¡como en 1931!) por monárquicos y republicanos. Su primera preocupación fue la de volverse «presentable» de cara al pasado, ordenando (con Pi y Margall como ministro de Gobernación) restituir a los antiguos Ayuntamientos en sus prerrogativas, «usurpadas» por las Juntas revolucionarias que eran el pilar mismo de la República.

Habiendo debido ser —que no fue el instrumento de la lucha insurreccional contra el pasado, la República se enfrentó por el contrario con la insurrección de los mismos republicanos «intransigentes», por una parte, y por otra con la de las masas obreras que seguían a los anarquistas, los cuales por primera vez —pero no por última— demostraron «cómo no debe hacerse una revolución»¹⁰. Y los republicanos en el poder, que habían tenido un respeto puntilloso del pasado, masacraron a los obreros, campesinos y pequeña burguesía urbana, su única defensa contra la reacción.

Respetuosa de un ejército esencialmente pretoriano —«yo no he querido nunca hacer un ejército republicano», dirá Salmerón, uno de sus jefes de gobierno, soplándole su secreto a la futura IIª República¹¹— bastó al final con el simple pronunciamiento de un general en campo abierto para que la República, moribunda de tanto haber luchado... contra sí misma, fuese sepultada sin dar ni siquiera un último suspiro.

Así como la revuelta del proletariado de París de junio de 1848 arrojó a la burguesía alemana en los brazos de Bismark, la Comuna de París —cuyo espectro obsesiona a la burguesía en la revuelta de los internacionalistas de 1873— terminó por arrojarla a los brazos de la Restauración borbónica¹².

Esta última encontró su más sólido apoyo en la aristocracia madrileña y en la alta burguesía catalana, que termina así por atribuirle el papel político de fundador de la nacionalidad española.

La notable estabilidad de la Restauración reside no sólo y no tanto en el florecimiento de los negocios que la acompaña¹³, ni con el hecho de que la monarquía de los Alfonso XII y XIII continúa la adaptación del poder estatal a las necesidades crecientes del desarrollo capitalista¹⁴, sino en la pérdida de toda veleidad revolucionaria por parte de la burguesía, definitivamente cobijada «bajo las alas del odiado despotismo»¹⁴.

Por cierto que, excluida del poder político¹⁵, la monarquía no fue un lecho de rosas para ella —¿pero acaso lo fue para sus congéneres el reinado de Luis Bonaparte en Francia o el del régimen junker de Bismark en Alemania?—; sin embargo la monarquía termina por satisfacer sus exigencias fundamentales. Conjuntamente con los cerealistas castellanos, la burguesía industrial logra en 1891 un arancel aduanero que le libra definitivamente el monopolio del mercado español, de modo que desde entonces «el eje Bilbao-Barcelona-Valladolid determinó las decisiones económicas de España»¹⁶.

La crisis de 1867 había dado lugar a una revolución nacional; la de 1898, consecutiva al «desastre» de Cuba, en un país aun socialmente atrasado¹⁷, suscitó sólo una tentativa de... reforma del funcionamiento del sistema electoral en Cataluña; y los burgueses, que treinta años antes habían tan siquiera descendido a la calle para imponer sus exigencias de clase, trocaron esta vez las armas por las papeletas electorales. Entonces, la burguesía catalana había por lo menos tratado de hacerse con el Estado; esta vez se lanzó al «asalto de»... la *administración* de los asuntos *provinciales* en un «combate» de pacotilla de nunca acabar, apoyándose en un movimiento político que hacía su hincapié en la nacionalidad *catalana*. En la continuidad de su acción histórica, ella acentuó *aún más* su rechazo de transformaciones burguesas radicales aún pendientes (cuestión agraria, peso de la Iglesia, centralismo burocrático), trocándolas por tentativas impotentes dentro de la estructura estatal. Así nació el movimiento político y nacionalista catalán.

Nacimiento del nacionalismo catalán.

El absolutismo español, hasta el primer tercio del siglo XIX, dejó a los pueblos de España vivir una vida provincial, cuyo aislamiento estaba también favorecido por los factores geográficos. Muy temprano, en el siglo XVII, Portugal se independizó mientras que otras provincias, que en realidad podían llegar a abrazar nacionalidades bien diferenciadas, con una lengua, una cultura y una economía propias, como la catalana y la vasca se mantuvieron relativamente inconexas unas de otras. En particular, Cataluña había alcanzado en los siglos XIV y XV

un desarrollo importante y brillante, constituyendo en el mar Mediterráneo una potencia comercial de primer orden, rival de las Repúblicas italianas. En 1640 tendrá lugar una revuelta nacional victoriosa contra la corona de Castilla, y sólo tras la guerra de sucesión (1714), la independencia del Principado será abolida definitivamente, sin que el absolutismo llegue a crear las condiciones de una unidad nacional española. Cataluña será tratada como una provincia bajo ocupación extranjera, controlada por la burocracia castellana.

En los primeros tres cuartos del siglo XIX, Cataluña fue casi el único centro de desarrollo industrial en España, de ese desarrollo burgués que no sólo modela la sociedad moderna, sino que suscita también la expansión de los factores de nacionalidad, como el de la lengua¹⁸. Ese desarrollo innato en todo capitalismo, que en el terreno social tropezó con la política estatal de represión de las expresiones sociales y culturales de otras nacionalidades¹⁹. Mientras el desarrollo social moderno era irradiado en España desde provincias periféricas (Cataluña y País Vasco), Madrid sólo exportaba burócratas. El centralismo burocrático de Madrid, región que no poseerá industria moderna hasta los años cincuenta de este siglo, feudo de especuladores parásitos y terratenientes absentistas, fue portador —como todas las dolorosas y lentas revoluciones blancas— de antagonismos que iban a infectar una sociedad que acarreaba ya tantas escorias malolientes de una sociedad en putrefacción. El choque entre el capitalismo catalán y la continuidad estatal de la monarquía, así como la colisión entre esta y la sociedad preburguesa vasca en el siglo XIX, alimentará y exacerbará los odios de nacionalidad, cuya capitalización política será la obra de los nacionalismos periféricos.

La pérdida de Cuba en 1898 es una señal de alarma para el capital industrial, que ha crecido también como industria pesada en el País Vasco, en tanto que el Estado central, controlado por la famosa «oligarquía», que sólo se preocupa por enriquecerse, no mediante la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ya creada por otros —como dice Marx de la Monarquía de Julio— es incapaz de impulsar y asumir la dirección de las transformaciones exigidas por el desarrollo burgués.²⁰

Lejos de entablar una lucha para barrer con ese magma monárquico-clerical-agrario-especulador que gangrena las heridas desgarradas del capitalismo en expansión, y tras un intento fallido de ponerse a remolque de un enésimo general —Polivela—, pero ni siquiera ya para una intencional insurreccional, sino para apoyarlo como ministro conservador de un enésimo recambio ministerial con miras a conseguir, no el poder, sino una relativa autonomía fiscal como la que estaba en

vigencia en el País Vasco, la burguesía catalana se convierte en bloque al nuevo credo del nacionalismo catalán.

El catalanismo surgirá de la confluencia de restos del republicanismo federal, del carlismo y del conservadurismo regionales. Su primer acto de afirmación política, la presentación al rey de una *Memoria en defensa de los intereses morales y material de Cataluña*, en 1885, resultó de la constitución de un bloque de industriales, monárquicos, republicanos, católicos y librepensadores, o sea, de un cóctel original de la impotencia y reacción de las décadas anteriores.

Su principal teórico y primer dirigente político, Prat de la Riba, fundador de la Lliga Regionalista (donde pactarán los industriales y los terratenientes catalanes), es el inspirador de un federalismo concebido como el único medio capaz de asegurar la continuidad y la coexistencia «armónica» (pacífica, se diría hoy) de los «particularismos» de las distintas regiones de España. El nacionalismo catalán no apuntó a la destrucción del régimen político y social de una España que arrastraba tantas inmundicias del pasado, entre las cuales se hallaba el centralismo burocrático de la monarquía, sino a dar a la burguesía catalana un margen relativo de autonomía en la órbita estrecha de sus propios asuntos regionales «en concordia» con la sórdida realidad de la España surgida de la Restauración.

Los dos «caballos» políticos de la Lliga serán, por una parte, el *respeto de la legalidad* y, por otra, la «moralización» electoral... en Cataluña, en oposición al caciquismo generalizado, por el cual las mayorías parlamentarias y el control de las instituciones locales eran digitadas y «hechas» directamente desde Madrid, en el Ministerio de Gobernación. Pero si en Cataluña la eliminación del caciquismo acompañó la organización política autónoma de la burguesía en una región predominantemente *industrial* —el proletariado por su parte estará influenciado en su gran mayoría por el «apoliticismo» anarquista— su liquidación en las regiones agrícolas (principalmente en Andalucía y Extremadura) presupone la *revolución agraria* de la cual los nacionalistas catalanes y vascos jamás quisieron saber nada.

La «gran conquista» del nacionalismo en los treinta primeros años del siglo fue la «Mancomunidad» (1913), simple organización de carácter administrativo que no quitaba al Estado central ninguna atribución que no hubiera ya concebido a las Diputaciones provinciales. Esta organización, que agrupaba a las cuatro diputaciones catalanas, permitía a la burguesía local administrar la política de comunicaciones, de transportes, los servicios públicos, las finanzas locales y la educación. El hecho de que su primer presidente haya sido precisamente el ideólogo y jefe del nacionalismo catalán, Prat de la Riba, reducido así a re-

coger las *prebendas* que el Estado central se dignaba a *otorgarle*, es la expresión más elocuente de la cobardía de la burguesía catalana y del nacionalismo que la representaba.

El levantamiento obrero que tuvo lugar en Cataluña contra la guerra de Marruecos, en julio de 1909, no era como para cambiarle las agallas a una burguesía «que no olvidó la experiencia» y que «comenzó a aspirar por una política de mano de hierro y de orden público a toda costa»²¹, en un país que había entrado en un proceso acelerado de industrialización»²².

La Comuna de París, había echado atrás a la burguesía catalana; la «Semana Trágica» de 1909 resucitó dramáticamente el espectro de su pesadilla histórica; y la Revolución de Octubre, ocho años más tarde, no hizo más que *acentuar* sus rasgos completamente contrarrevolucionarios.

NOTAS

1. *España Revolucionaria*, artículo del *New York Daily Tribune*, del 9 de septiembre de 1854, Ed. Trotta, 1998.
2. Cfr. Karl Marx, *La revolución española*, artículo del NYDT del 21 de julio de 1854 y *Revolución en España*, artículo del NYDT del 18 de agosto de 1854. Op. Cit.
3. Marx, *Revolución en España*, NYDT, 18 de agosto de 2018.
4. Marx, *Convocatoria de las Cortes Constituyentes* NYDT, 4 de septiembre de 1854
5. Marx, *Revolución en España*, Op. Cit.
6. Marx, *España Revolucionaria*, Op. Cit.
7. En 1834 y 1836 se promulgan sendas leyes liquidando todo obstáculo jurídico a la producción industrial; este último año es también el de la supresión de los mayorazgos y vinculaciones civiles, y el año siguiente será el de la desamortización y obligación de venta de las tierras de la Iglesia, que abre la vía a la incorporación al mercado de la mayor parte de la tierra. La ley de desamortización será confirmada en 1855, y exige también la división de las tierras comunales. Es de este proceso que surgirá tanto la feroz lucha entre las dos vías (campesino y junker) del desarrollo burgués agrario como la sistematización final de la estructura agraria española. En 1837 se deroga el diezmo eclesiástico. Desde 1839 se inicia el desarrollo minero, el de la red de caminos (que se duplica entre 1843 y 1853) y el gigantesco boom de los ferrocarriles, con la construcción de 4.800 km. de vías en el periodo 1856-1868. Las décadas de los años cincuenta y sesenta serán las de la especulación y *affairisme* desenfrenados.
8. Tuñón de Lara, *La España del siglo XIX*, Akal, 2000.
9. *Ibid.*
10. Engels, *Los Bakuninistas en acción*, en Op. Cit.
11. Tuñón de Lara, *Ibid.*
12. «(La burguesía catalana) creía (sic) que se podía trastocar las viejas estructuras españolas sin hacer efecti-

(sigue en pág. 16)

La cuestión de las nacionalidades...

(viene de la pág. 15)

vamente la revolución, en el sentido estricto de la palabra. Pero sobre todo, ella temía, al lanzar la revolución, ser desbordada por las masas obreras que manifestaban con violencia su impaciencia [...] Al detenerse a mitad de camino, al rehusar asumir sus responsabilidades, ella firmó el acta de defunción de la Iª República y, sobre todo, el de la revolución burguesa» (J. Rossinyol, *Le Problème national catalan*», Ed. Mouton, París, 1974).

13. «El año 1876 marca, por otra parte, el comienzo de un periodo de loca prosperidad económica para los industriales catalanes que dura hasta 1886 y que se conoce con el nombre de *la febre de l'or*. La agricultura conoce una euforia indescriptible [...] La industria sabe aprovechar esta riqueza agraria, así como el crecimiento considerable de las exportaciones para progresar con un ritmo continuo, en particular en los sectores algodoneros y lanero. El número de nuevos negocios en los terrenos financiero, bancario y ferroviario, fundados sobre todo «en la especulación más que en la verdadera creación de riqueza», es impresionante [...] Es también el momento en que las finanzas catalanas dominan, sin discusión, toda la escena económica hispánica» (J. Rossinyol, Op. Cit.) Por otra parte, de 1876 a 1900 la red ferroviaria duplicaría su longitud.

14. Promulgación del Código Civil, de la Ley Hipotecaria, de la Ley de Enjuiciamiento Civil y Criminal.

15. «Durante los sesenta y ocho años que transcurren entre 1833 y 1901 hubo 902 ministerios, contando con los presidentes de gobierno, y del total sólo 24 fueron catalanes» (A. Balcells, *Cataluña contemporánea I* (Siglo XIX), Ed Siglo XIX, Madrid)

Esa realidad ha persistido en la historia de España del siglo XX: «Hemos demostrado en varias ocasiones, la escasa participación catalana en los círculos dominantes de España: el ejército, la Iglesia, el mundo académico y, sobre todo, el mundo de la política y de la administración. Una cifra a título de ejemplo: según el cuadro de ascensos del año 1958, entre los tres magistrados del Tribunal Supremo, ninguna había nacido en las cuatro provincias catalanas, en tanto que el 16% de ellos había nacido en Madrid. Entre los 50 ministros que tuvo el régimen entre 1938 y 1960, sólo el 6% habían nacido en Cataluña, contra el 32% nacido en Madrid y el 16% nacidos en las provincias vascas y navarras» (*La Vanguardia*, 23 de febrero de 1967, citado en J. Rossinyol, Op. Cit.)

16. R. Carr, *España 1808-1939*, Ed. Ariel, Barcelona, 1969.

17. En 1900, el 68% de la población activa trabajaba en el agro, el 16% en la industria y el 16% en los servicios.

18. En 1966, alrededor de 8 millones de españoles vivían en Cataluña, Valencia y Baleares, de los cuales se estima que más de 7 millones hablan el catalán. En Cataluña, el 90% de las «amas de casa» entienden el catalán, el 77% lo hablan, el 62% lo leen y el 38% lo escriben; en el País Vasco, los porcentajes son, respectivamente, 48, 46, 25 y 12, y ello a pesar de los siglos de castellanización forzada. «Los hijos (de los trabajadores inmigrantes) hablan el catalán como si fuese su propia lengua materna. Cataluña nacionaliza a los inmigrantes» Escribe un autor burgués citado por J. Rossinyol, op. Cit. Exageración nacionalista aparte, es indudable la persistencia tenaz del catalán (Datos extraídos de FOESSA, «Informe» 1305, citado por S. Payne, «El nacionalismo vasco, de sus orígenes a ETA» Ed. Dopesa Barcelona, 1974)

19. En 1768, el catalán es prohibido en las escuelas primarias y secundarias, aunque prácticamente sólo fue abolido en la enseñanza hacia los años 1860. Apuntando al idioma catalán y al vasco, un real decreto de 1902 se ve todavía obligado a exigir a los maestros de las escuelas primarias del aprendizaje del catecismo en castellano. Décadas más tarde, el franquismo lanzará una campaña intimando a todos los españoles «hablar la lengua del imperio».

20. Como muestra un botón: «Si el problema de los transportes es general en toda España, es sin embargo mucho más grave en Cataluña, por su mayor producción económica. Ahora bien, no solamente esta no ha podido jamás tener una red de ferrocarriles y una red rutera en relación con la importancia del país, sino que, además, ha debido sufrir continuamente un atraso importante respecto a regiones en donde [...] era apenas necesario movilizar otra cosa que no sea la cosecha de cereales [...] Estas graves malformaciones, de las cuales sufre la economía catalana, ha sido tanto más duramente resentidas —escribe un beato del catalanismo— que la participación catalana en la financiación de los gastos del Estado, por medio de contribuciones fiscales diversas, ha sido siempre muy superior, proporcionalmente hablando, a la de todas las otras regiones [...] El Estado percibía en Cataluña (en 1930) más de tres veces y media lo que correspondería normalmente por su población, pero gastaba dos veces menos de lo que hubiera correspondido, teniendo en cuenta solamente su población» (J. Rossinyol, op. Cit) Es a esa «altura» que la burguesía catalana ha elevado siempre los grandes problemas históricos: ¡al balance anual de entradas y salidas!

21. Vicen Vives, «Historia de España y de América» vol. V Barcelona, 1974. Por su parte Cambó, jefe político del nacionalismo catalán, reconoció públicamente en diciembre de 1911 que la

burguesía catalana «se hallaba *más dispuesta que antes* a contentarse con el pacto secreto que habían sellado Barcelona y Madrid; pacto que convertía a Castilla en tributaria económica de Cataluña y a Cataluña en tributaria política de Castilla» (citado en G. Brennan, *El laberinto español*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962)

22. El consumo industrial de energía eléctrica pasa de 21 millones de KW/h en 1901 a 119 millones en 1912. La población activa en la industria pasa de 1,1 millones en 1910 a 1,6 millones en 1920 y a 2,2 millones en 1930.

Visita el sitio del Partido

www.pcint.org

¡SOSTENED Y DIFUNDID

**LA PRENSA
DEL PARTIDO!**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

LEE

**EL PROLETARIO
Órgano del Partido
Comunista Internacional**

**Dónde puedes encontrar
'EL PROLETARIO'**

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Traficantes de Sueños
C/ Embajadores, 35
28012 - Madrid

La Rosa del Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj
28001 - Barcelona

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid